

## Talud y corriente

Tengo una astilla clavada en alguna parte de la planta del pie, una molestia imprecisa que crece y crece. La descubro mientras observo cómo cortas zanahoria de espaldas, en un plano general de tu cocina que amo de inmediato. La localizo: está hundida en la base de la falange. Paso los dedos con suavidad y disfruto del dolor que se activa, intermitente. Me pregunto por qué tu espalda desnuda no está todos los domingos en tu cocina y mi cocina, una cocina que nos pertenezca a los dos, un lugar donde hacer fuego. Pero en realidad ya lo sé. Nada de lo que está sucediendo ahora va a ser nunca cotidiano, esta historia ha sido contada muchas veces desde un palco en forma de advertencia. Tristán, Teseo. También tu nombre empieza por te. Tú vienes y vas siempre, estás hecho de agua y vaivén y tienes miedo. Has sentido lo mismo que yo, me lo has confesado hace un rato y por eso ahora cortas zanahoria muy lento, sin saber bien qué coño haces. Temes que te atrape la tierra y solo sabes vivir a bordo de un ensayo, como yo, como toda nuestra generación. Todos temblamos. En cinco días vas a volver a embarcar y esta escena habrá sido solo un talud, un accidente sensible al tacto. Tu casa es el mar, yo lo sé, no estaba en mis planes enamorarme de un anfibio. O sí. Quizás solo busco un nuevo boicot, una nueva forma de reconfortar mi apego evitativo y decirme esta vez lo intentaste, no fue cosa tuya, tú no podías hacer nada más, era él quien tenía pánico. Me levanto y camino hacia ti: la astilla escuece. Tu cocina de madera me ha atravesado la piel. Pero no pienso quitármela: quiero que se quede. Me engaño pensando que este agujón va a acabar por acomodarse en mi carne, que encontrará la manera, que la encontraremos. En este momento soy capaz de convencerme de cualquier puta cosa con tal de no soportar el dolor fantasma. Porque no son muchas, pero tengo algunas certezas. Y sé que hay huecos que se quedan para siempre.

El café sube y me preguntas si quiero. En tu cocina no hay azúcar, ni panela, ni salvia. Tomo una taza del fregadero y fingimos por un instante que existe una rutina. Nuestros encuentros están hechos de intervalos. Una concesión de cinco minutos por abrazo, una forma de cronometrar la entrega para mantenerla a raya, para que no nos sobrepase. Una vida en miniatura. Lo sé todo de ti y apenas me has contado nada. No hace falta. Hay algo antiguo aquí dentro que se ha desperzado y sabe bien quién eres. No te he visto en tu velero, ni en el Open Arms, ni en los buques que navegas para proteger cetáceos y sin embargo lo sé todo. Te reconozco. Sé que tu humildad te la enseñaron los

ojos fijos de los huidos y los ojos cerrados de los ahogados, que te cuesta sonreír sabiendo que estamos detonando el mundo por decreto y que sin embargo lo consigues en cubierta los días que el sol te calienta la cara y entiendes aún la inmensidad. Que es después de bucear la medida de un león marino cuando sabes cómo ubicarte en la superficie y que del barco te alivia el movimiento continuo, aunque tengas que dormir abordo como un perro en alerta. Te atrae del mar su condición ambivalente de infinito y de paréntesis. Una realidad flotante y provisional desde la que intentas resolver los problemas en tierra, pero siempre a salvo de ella. Porque yo también conozco tus cuentas pendientes. Te vinculas con las personas como con el suelo firme, solo a ratos, celebrando el reencuentro nada más que el tiempo necesario, no sea que la fijeza te atrape. Siempre hay en ti la misma tormenta: la voluntad de ayudar a quien no te conoce y sin embargo el temor a ser querido y defraudar a quien te espera. En tu cocina hay que tomar el café amargo. Doy un trago, la astilla palpita fuerte en mi pie, estoy a un palmo de ti y yo... yo tampoco me atrevo a tocarte. Pero te aseguro que lo que más me gustaría en este momento es rodear tu espalda y susurrarte al oído: tranquilo, los niños branquíferos también se estremecen.

Entonces me acerco, empiezo por tu nuca y continúo por tus hombros, beso en ti cada poro, los amo todos y este omóplato saliente. De todas las pieles que se han pegado a la mía, es ésta. Incautos nos quitamos la ropa y reiniciamos el duelo. Nos olemos, agua y sal, nos chupamos, abrimos la boca a un río y nos terminamos a mordiscos pequeños, follar contigo es suave y urgente y desde esta forma de unir los cuerpos creo saber por fin cómo se habita el mundo. He matado a la Vasallo, he enterrado el poliamor y todas mis teorías, cientos de conversaciones entre cervezas con amigas se van a la mierda cuando me desnudo frente a ti y sobre la encimera y con los ojos cerrados sé que podría morir en tu cocina. Pero no, no se puede. Los dos estamos aún demasiado empeñados en pasarnos la vida repensando a cada rato cómo queremos pasar por ella. Me lo repites: embarco en cinco días y no quiero volver a verte. Es simple, crees que no puedes permitirte. Tú también has sentido que cuando estamos juntos nuestras pieles son bisagra, pero no importa, dices que al mar quieres llevar la mente limpia. *Limpia*, eso has dicho. La palabra que has elegido convierte este asunto en una mancha. ¿Y sabes? Me encantaría enfadarme y que la rabia se remontase a la noche en que te di borracha mi teléfono a la salida de un after, pero no, encontramos era la forma de ponernos en jaque y de eso va esta historia y en realidad lo que sucede es que te entiendo y te deseo muy profundo que para ti vengan nada más que días lindos que sepan cuidarte. Yo no estaré. Lo acepto. La planta de mi pie

supura y busco una pinza para remover esta estaca y alcohol, también para mí el vacío y la asepsia. No hace falta que te diga quién soy yo, ¿verdad que no? Sabré ser valiente porque vengo de la bruma y aprendí desde pequeña a desplazarme a ciegas, convencida de que llegaría a otra parte. Toda la luz que soy capaz de proyectar también tiene en mí la medida exacta de su sombra. Aprieto, la astilla sale. Me cuento un poco el mundo con palabras, aunque ya sabemos que eso es imposible, que con ellas nada más que se construye un cuenco con el que salir a la lluvia y recoger algunas gotas. He elegido para ti las más bonitas que tenía, tómalas, son tuyas, te las regalo todas, te dejo ir.

Ha pasado la noche, es casi día y empiezo a vestirme muy despacio: tú todavía duermes. Te miro, mientras me pongo el abrigo me guardo tu última imagen. Me despido de los hijos que no vamos a tener, de todas las vidas juntos que ya no caben en esta y ahora sé por qué la mía se cuenta en las últimas diez horas. Salgo de tu casa y miro al cielo. Joder. Cómo me duele que este amanecer sea tan bello.

Seudónimo: Ariadna